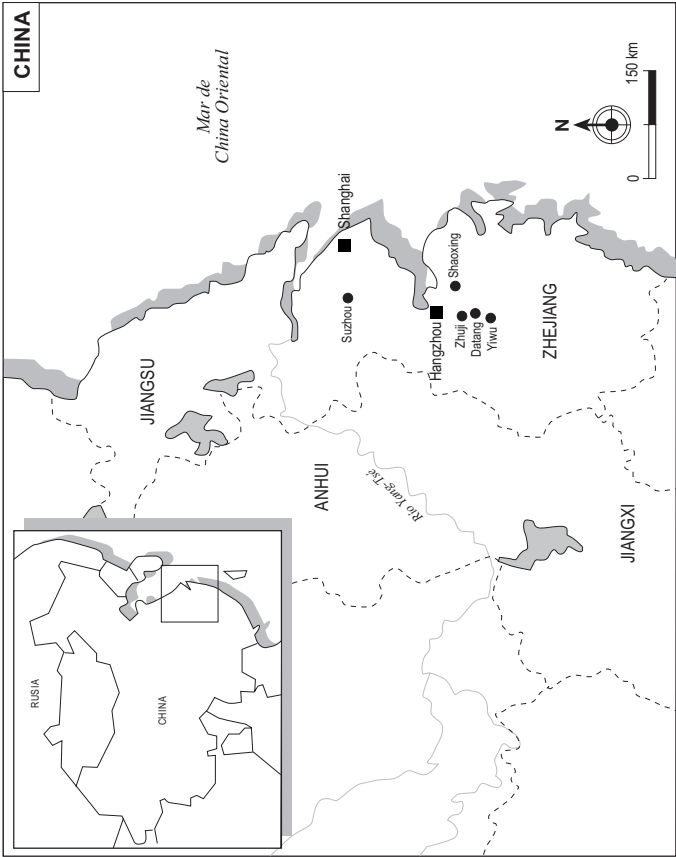


CHINA

Un capitalismo comunista



Las heridas del campo

Al salir de Shangai, el viajero cree encontrar arrozales salpicados de copetes, bosquecillos de bambú, algunos búfalos a lo lejos, en suma: esos paisajes a los que comúnmente se llama “campo” y que reposan el alma.

¡Pobre viajero!

Alguien le ha robado su Asia eterna.

Durante trescientos kilómetros se verá agobiado por obras en construcción, grúas, torres, puentes, fábricas, ciudades enteras flamantes, cruces, circunvalaciones y nuevamente y de nuevo fábricas, otra vez y siempre fábricas, unas apenas terminadas, otras escondidas detrás de lonas verde oscuro y por ello mucho más amenazantes.

Y, en caso de que no hubiera adivinado, pobre viajero, el sueño chino: gigantescos paneles multicolores le muestran el futuro próximo, ¡ah, cuán radiante! Aquí una marina lacustre: *The Splendid City*. Allí un parque de atracciones: *A Paradise for Children*. Con los ideogramas hubiese bastado. ¿Para qué estas traducciones, sino para plantar el clavo de la humillación en la cabeza del extranjero a quien el desfase horario ya pone cabeza abajo?

Agregue, en la carretera de los cuatro carriles siguientes (futura autopista), diversos comportamientos tan suicidas como erráticos. A uno lo pasan en doble fila, sin avisar y por todas partes, los camiones que se sien-

ten mucho mejor por la derecha dado que avanzan más rápidamente, imitados por extraños autobuses de dos pisos que sólo parecen llenos de televisores encendidos: se dice que allí los trabajadores dormitan, entre dos misiones, recostados sobre camas de campaña. Varios enjambres de motos y de motocarros lo escoltan permanentemente a uno. Y súbitamente (generalmente) surge, de ninguna parte, un bulldozer, los colmillos en alto.



Pobre “campo”... obligado, para tratar de sobrevivir, a refugiarse en las pendientes escarpadas.

En la llanura, el campo es torturado de todas las maneras posibles. Devorado por mil ciudades nuevas. Cavado por mil millones de cuencas (para la cría de peces). Horadado por mil millones de postes (soporte de los ineludibles carteles publicitarios). Ahogado por un mar gris y sucio: los techos de los invernaderos, infinitas extensiones de plástico (es preciso acelerar el crecimiento de las legumbres para alimentar a tantos humanos). Y me olvidaba de la peor herida infligida al campo, la peor humillación: esos millones y millones de hectáreas de viveros.

Dios sabe que me gustan nuestros viveros franceses, reservas de tesoros frágiles, excepcionales sitios maravillosos donde se celebra, como en ninguna otra parte, la diversidad de lo vivo. Aquí no hay nada semejante. Sólo cultivos en masa y producción en serie. Alineados a cada lado de la autopista y cuidados con amor por un pequeño pueblo del cual sólo vemos sus anchos sombreros puntiagudos, miles de millones de plátanos, de coníferas o de palmeras: bebés, adolescentes o casi adultos. Varias palas cargadoras ya se aprestan a transportarlos hasta su futuro domicilio.

¿Cuál es el destino de estos árboles de vivero?

Un hoyo en una acera, en algún lugar de alguna ciudad.

Al crecer al mismo ritmo que las fábricas y las ciudades, el gigantismo de estos viveros hace reflexionar acerca del modo chino de desarrollo. Señalan una necesidad de naturaleza que el progreso económico no ha matado. Necesidad que se ve confirmada por el meticuloso cuidado con el que estos árboles vuelven a ser plantados: un tinglado de bambúes para ayudarlos a resistir a la violencia del viento; varios toldos oscuros para evitarles los rayos demasiado ardientes del sol; sogas enrollada alrededor del tronco para protegerlos de todas las demás agresiones previsibles, climáticas o animales.

Estos viveros reflejan asimismo la premura para entrar lo más rápido posible en el futuro. ¿Qué es el futuro? Un país donde los árboles ya son grandes.



¿Cómo no pensar en otros viveros, ah, cuán chinos ellos también?

En el fondo de todos los grandes jardines históricos de Suzhou, el “Jardín del Político Retirado” (llamado también “Jardín de la Política de los Simples”) o el “Jardín Liu” (por el nombre de uno de los propietarios, pero el carácter *Liu* también quiere decir “deténgase a pasar el tiempo aquí”), después de haber saludado el juego de las carpas entre los tallos de loto, bordeado los muros-nube y atravesado puentes-arcoiris, escalado la reproducción en miniatura de los montes legendarios, soñado largo tiempo en el pabellón de los patos mandarines o en el quiosco de los perfumes lejanos, basta con atravesar una última puerta redonda (seamos más precisos: “una puerta cuya forma perfecta celebra la luna llena”). Se entra

entonces en un lugar muy perturbador: una *nursery* de bonsáis.

Allí, descansando sobre mesas de piedra, varios cientos de árboles a los que se les prohíbe crecer *toman* tiempo (en el sentido en que uno dice “tomar sol”). Extraña guardería donde se impediría a los bebés que crezcan... ¡maravillándose ante sus arrugas más que ante su peso!

Los viveros a orillas de las autopistas están hechos para permitir a los hombres transportar tiempo. Plantar en una ciudad demasiado nueva un árbol de treinta años es dar a esta ciudad un poco de edad, o la ilusión de la edad. Como un niño que, para envejecerse, usa y abusa del cigarrillo.

Estas *nurseries* al fondo de los jardines cultivan otra ilusión: atrapar el tiempo. Encerrarlo en un árbol. El árbol es el único recipiente adecuado para el tiempo. El único donde acepta ser visto. El árbol es un lento, muy lento y duradero reloj.

Nosotros somos seres vivos cortos. El árbol, nacido mucho tiempo antes, nos sobrevivirá durante siglos. Hablo del árbol digno de ese nombre. No del árbol de vivero, el cual vivirá menos que un hombre.

Los directores de estos viveros no pueden sino haberse declarado en guerra contra el tiempo. Así, se cree triunfar sobre él por partida doble: ahorrando la infancia y acortando el árbol.

El espacio es una magnitud simple. Poco o mucho, en él todos los pueblos libran batalla de la misma manera.

El tiempo es otro quehacer. Un país mucho más retorcido. Donde se revelan las civilizaciones.

La capital mundial del calcetín

Se comprenderá entonces que, una vez llegado a Datang, lo primero que el viajero siente es una mezcla de alivio y gratitud.

Las avenidas son anchas, poco atestadas de vehículos y a media sombra por jóvenes plátanos; los transeúntes sonrían y parecen vagabundear más que circular; las cocinas de los restaurantes se abren en plena acera; una pequeña muchedumbre de adolescentes hace cola ante el cibercafé, esperando que una pantalla se libere; L'Oréal pondera los méritos de no sé qué nueva loción esencial; la vitrina de un pastelero presenta las maquetas de tres consecuentes tartas de cumpleaños: el más modesto tiene el tamaño de una rueda de moto y representa a dos ratones devorando una espiga de maíz (¿cuál será la relación con el Happy Birthday?).

Por fin una localidad apacible que no parece atormentada por ningún prurito de constructor, por ninguna locura de grandezas.

¡Gracias, Datang!

El viajero recobra a la vez aliento y esperanza. Bueno: China sigue siendo un lugar humano. Si logra conservar un poco de pereza, Europa quizá tenga una oportunidad de sobrevivir.

En lugar de saborear durante más tiempo esta quie-

tud tan queridamente conquistada, este viajero recuerda de repente la razón de su presencia aquí.

¿Dónde está?

Es por ella que él ha recorrido unos diez mil kilómetros, y en ninguna parte ve su huella. Vuelve y vuelve a volver la cabeza en todos los sentidos. Pierde la cabeza.

Creyendo que se siente mal, el pastelero especialista en cumpleaños gigantes le acerca una silla. Alrededor de él, amablemente, la gente se apresura, pero en la lengua más extranjera posible. Al no poder explicar, el viajero alza un ruedo de su pantalón y muestra el objeto de su investigación. La hilaridad se desencadena. Se ríe mucho y muy agudo. La concurrencia parece estar muy satisfecha. Todo el mundo asiente. ¡Perfecto, perfecto: he aquí un buen viajero!

Me toman del brazo, me llevan hasta la calle. Me conducen ante un letrero de vidrio, exactamente semejante a aquellos con los que Jean-Claude Decaux ha puesto los pelos de punta a nuestras ciudades francesas. Me señalan y vuelven a señalarme dos ideogramas. El extranjero no comprende. ¿El extranjero es demasiado estúpido o qué? El clima se hace tenso. Al llegar, Bo Chen me salva. Saca la libretita que nunca lo abandona y el lapicito que nunca abandona a la libretita. Antes que nada pide disculpas por lo malo de su caligrafía.

De regreso a París, François Cheng me hará el regalo de volver a trazarlos.

Un carácter (a) quiere decir “vestimenta”; otro (b), quiere decir “punta”, “extremidad”.

Por el momento, Bo Chen alza la cabeza:

—¿Qué es la vestimenta de la extremidad?

Finalmente mi rostro se ilumina. La gente aplaude. La vestimenta de la extremidad (o la extremidad de la vesti-

袜

menta) no puede ser sino un “calcetín”. “Calcetín”: el pastelero de cumpleaños, su familia y sus amigos, todo el mundo repite “calcetín”.

Un dedo se extiende, señala una dirección y muy pronto es seguido por otros diez que aconsejan ir a otra parte. El viajero agradece, se pone de pie y sale. No va a esperar mucho tiempo. Es evidente que Datang considera que su novatada ya ha durado bastante. Datang le hace oír el llamado, una suerte de suspiro. Él camina hacia el ruido apenas audible, pero que se repite a intervalos regulares. Deja la avenida, se mete de lleno en una callejuela. Sus nuevos amigos pasteleros no lo han seguido. Han comprendido que él ha llegado a su cita.

Y así fue como ingresé en el reverso de la medalla: la verdadera Datang. Una ciudad mucho más baja y vetusta que la anterior. Un dédalo de callejuelas bordeadas por pequeños hangares más bien destartalados y de casitas enterradas bajo las manchas amarillas de las flores de calabaza. Ante los umbrales, varios perros, unos gruñendo, otros agotados o desengañados, montaban guardia. Sus orejas eran puntiagudas como las de los chacales. A oril-

las de un charco, dos chiquillas sacudían ropa blanca con grandes golpes alegres de paleta, mientras cerca de allí, una mujer, arrodillada ante un *wok*, encendía el fuego. Una vieja, muy vieja dormía, con la boca abierta, indiferente al jugueteo de un gatito que mordisqueaba sus sandalias negras.

El ruido —mi ruido— se había subdividido, multiplicado. Al escuchar con atención, ahora que el jaleo de la calle había desaparecido, los suspiros alternaban con silbidos y parecían salir de todas partes. A ello se había agregado una especie de jadeo, un clic rápido pero discreto, muy suave y sin interrupciones, casi comparable al de un reloj, pero de un tiempo que se habría acelerado. Una velocidad incongruente en este universo pobre pero calmo, tan calmo, casi campestre.

Entre esta multitud de gritos, ¿cuál elegir?

Los perros-chacales parecían divertirse ante mi indecisión. Llegó un triciclo, la canasta llena de carbón que echó contra una pared. En ese mismo momento, de una fisura del suelo brotó un trazo de vapor, como esas fumarolas de las pendientes volcánicas. Me acerqué; empujé una puerta.

¡Y allí estaba, aquella por quien había venido! La famosa media-calzetín, cuya capital es Datang. Ella, de color rojo, adornada con un motivo dorado, y varios cientos de sus semejantes, estiradas por formas de metal y suspendidas de hilos contra un cilindro enorme que lo tiene todo para ser una caldera.

Diez pares de ojos me escrutan. Hay que imaginarse la penumbra, apenas iluminada por dos neones polvorientos. Hay que imaginarse las paredes negras de hollín, varias tablas que hacen las veces de mesa y varias sillas descabaladas, de plástico o hierro, una pizarra cubierta

de palitos trazados con tiza y de ideogramas borrosos, y la enorme foto (desgarrada) de un jugador de baloncesto norteamericano. Ocho mujeres en guardapolvo, dos hombres con el torso desnudo, muy jóvenes. Petrificados. Han dejado de trabajar inmediatamente ante mi entrada. Sus manos no se han movido desde ese instante, sumergidas en una caja o apoyadas sobre una de esas formas chatas. El movimiento les vuelve de repente. Su cadencia es frenética.

La única oficina de la empresa no tiene ventanas. Está tapizada con fotos de moda. Este decorado no parece distraer al director, quien dormita vagamente entre dos pantallas: en una (la televisión), una pareja de amantes se pelea; en la otra (un ordenador) desfilan ideogramas. Como sus empleados, sólo lleva un pantalón. Su mujer, una pimpante (dentro de la categoría implacable), pantalón blanco, conjunto verde y rojo, le pide firmemente que se vista. Él obtempera al instante y saca de un cajón una camisa Hugo Boss. Ya puede entonces levantarse y recibirme oficialmente. Reverencia, oleada de palabras, presentación de dos chiquillos cuya presencia no había advertido: ellos también miran la televisión; ese aparato está apoyado en el piso. No deben tener más de cuatro años. Como rechazo un cigarrillo, me regala cinco pares de calcetines. Tom y Jerry. Llamen a un vecino, que habla inglés. Él también lleva una camisa Hugo Boss. Me traduce las tres informaciones principales: 1.º estoy ante una empresa de planchado; 2.º el planchado no es un trabajo fácil; 3.º ¿pero qué importa? Aquí en Datang todos estamos al servicio de la media-calsetín.

Muestro toda mi admiración, me despido y prosigo mi exploración.

Los talleres se tocan: más o menos grandes, más o

menos limpios. Cada uno tiene su especialidad. Aquí se fabrica, se pliega o se empaqueta. Allí se imprimen las etiquetas en todas las lenguas del mundo o se las pega. Sin olvidar el planchado.

Pasearse por estos bastidores, estas entrañas de Datang, es visitar la historia de la industrialización. En cinco pasos y dos minutos, cambiamos de siglo. A la derecha de la callejuela está el siglo XIX: los niños-obreros que describe Dickens han crecido un poco, pero el medio circundante no ha cambiado. El mismo jaleo, el mismo olor hediondo, los mismos tugurios para dormir, las mismas pobres sopas para comer, el mismo cansancio y la misma resignación en las miradas. Del otro lado de la misma callejuela, el tiempo presente. Claridad, limpieza, automatización.

Una vez entregados en Europa, ¿quién puede saber de qué lado de la callecita (es decir de qué siglo) proviene un par de calcetines? Ningún reglamento, en especial ningún reglamento de higiene, parece unificar estos mundos. ¡Libertad a los empresarios! No hay duda de que las autoridades quieren creer que las condiciones mejorarán a medida que crezca la facturación.

Bo Chen, nuestro intérprete, me hace notar que China (veinte veces el tamaño de Francia) debe ser considerada como un continente más que como un país. Por ejemplo, ¿vosotros no tenéis disparidades entre Estocolmo y Reggio di Calabria?

Así siguen varios miles de talleres, detrás de las tranquilas fachadas de Datang y sus anchas avenidas indolentes. A los cuales hay que agregar muchos otros miles en los veinte pueblos de los alrededores. En total, doce o trece mil empresas familiares que sólo se ocupan de calcetines. Se trabaja mientras hay pedidos. Pero como los

pedidos nunca faltan, nunca se deja de trabajar. Por lo general los siete días de la semana. Doce horas por día. Por el mismo salario: mil yuans al mes (cien euros), comida y alojamiento (en dormitorios colectivos). Un buen patrón concederá, una vez al año, una semana de respiro. Es la oportunidad para regresar a abrazar a los suyos al otro lado de China.

Una cualidad muy apreciada

La sumisión del obrero chino es una larga tradición. Incluso está grabada en la piedra.

A cien kilómetros al oeste de Shangai, Suzhou es, en la actualidad, una de las capitales de la alta tecnología. Se le ha consagrado una nueva zona (e invertido seis mil millones de dólares). Allí ya se fabrican *todos los días* veintiocho mil ordenadores portátiles (el veinticinco por ciento de la producción mundial). Pero Suzhou existe desde el siglo VI antes de nuestra era. Ciudad inmemorial, célebre por la belleza de sus mujeres, la tranquilidad de sus canales y el arte de sus jardines.

En tiempos aún remotos (del siglo XIII al siglo XVIII), la reputación de Suzhou se debía sobre todo a sus sederías, que las caravanas transportaban hasta Europa a través de los oasis de Asia Central. Una fuerte actividad industrial se había desarrollado, actividad que las corporaciones intentaban regular mediante una especie de sentencias que hacían inscribir en estelas con el fin de que nadie lo ignorara. Una bella colección de esas estelas puede verse en el corazón de la ciudad, en el Templo de Confucio, justo frente al jardín llamado “Pabellón de las Olas”.

Allí pueden leerse los inicios del capitalismo chino y advertir que el rigor presente tiene un lejano origen en el Imperio del Medio.

Mirad esta estela de 1734. Como unos obreros tejedores de seda habían detenido el trabajo para reclamar alguna mejora en sus salarios, ella promulga una “interdicción permanente de huelga”. Y en esta otra piedra todavía más antigua (de 1701), la prefectura de Suzhou se dirige directamente a los obreros del algodón, a quienes un tal Tiu Ruzhen ha sublevado contra los patrones tejedores. Ella condena a todos aquellos que, de una manera u otra, obstaculizan el buen desarrollo del trabajo.

Las costumbres no han cambiado nada.

Los competidores de China esperan que, bajo la presión de los trabajadores, las empresas pronto se vean obligadas a aumentar los salarios como en Taiwán, en Corea o en Tailandia. Pero pueden llegar a esperar mucho tiempo.

Una de las fuerzas del país es su inagotable “ejército de reserva”, para retomar la expresión de Marx: estos cientos de miles de campesinos dispuestos, para salir de la miseria del campo, a aceptar cualquier remuneración en la ciudad.

Y cuando el ejército de reserva no basta para arrancar de raíz las protestas, el poder da la orden al otro ejército, al verdadero, al que discute con fusiles y tanques.

Son más bien las muchachas las que se exilian aquí, pues los chicos cargan con los viejos padres. Ellas envían al poblado más de la mitad de lo que ganan. Sus únicas distracciones son la charla entre amigas y mirar las series de la televisión permanentemente encendida; las más instruidas tienen un pequeño recreo en el cibercafé (costo: dos yuán la hora). Allí los muchachos juegan a las cartas y a la guerra. O, como las chicas, ligan. Se peinan, se arreglan, ellas y ellos se embellecen ante las webcams. Virtuales idilios nacen de un extremo al otro del planeta.

La noche pasa, gozosa. La trama de la Red descansa de la trama del textil.

El otro gran entretenimiento es la pista de patinaje. Por un momento el viajero se sorprende: ¿qué hace semejante equipamiento en esta región tan meridional? ¿Acaso es el dinero del calcetín el que ha brindado este lujo incongruente a los trabajadores? La ilusión no dura. El hielo es sólo cemento agrietado: los patines son de ruedas.



—¿Usted sueña con algo?

La señorita Zhang, veinte años, una obrera, no sabe lo que la palabra quiere decir. Por el momento le gusta Datang. Tal vez más tarde vaya al noreste, a Manchuria, donde el trabajo es más intenso que aquí, con unos salarios promedio más elevados: mil cincuenta a mil cien yuan.

Para la señora Ma, treinta y cinco años, otra obrera, un sueño sería vivir con su marido y su hijo de siete años. “¿Pero para qué sirve soñar, puesto que el sueño es un país distinto de la realidad? La realidad está sólo en el pueblo; en Sicuani no hay trabajo.” Entonces ella y su marido vinieron hasta aquí: ella por el calcetín y él, que es albañil, para construir las fábricas de calcetines. Su hijo se quedó allí, porque allí la escuela es gratuita y aquí se paga. “Así son las cosas. ¿Qué podemos hacer?”

Vuelvo a la señorita Zhang:

—Cada tanto, ¿piensa usted en el éxito de la señora Hong? ¿Cree usted que trabajando mucho todo el mundo puede convertirse en la señora Hong?

Ella abre los ojos, enormes, y me mira sin entender. Por supuesto que conoce a la señora Hong. Todo el mun-

do en Datang conoce a la señora Hong. Pero no hay ninguna relación entre el planeta de ella y el de la señora Hong.

La señora Ma retoma la palabra:

—La señora Hong tiene una familia aquí. En cambio, nuestra familia está allí. Sin familia, nadie llega a nada.

En el taller, todo el mundo asiente: una familia, una verdadera familia, es decir una familia que vive aquí, en el este de China, es la única forma de salir adelante.

La pasión de emprender

En Datang, el comunismo lleva el capitalismo en la sangre. Mucho antes de que en 1992 Deng Xiaoping decidiera el Gran Viraje, el Partido decidió que su tarea principal era insuflar a las masas el sentido de los negocios.

Desde siempre, ciertos campesinos mejoran sus fines de mes vendiendo en el borde de las rutas calcetines comprados en una u otra de las ciudades vecinas. Cuando se la convoca al Comité Municipal, esta buena gente cree que le ha llegado la última hora: en este final de la década de 1970, el más mínimo paso en falso ideológico puede ser penado de muerte.

Y así sucede, pues son agobiados bajo los reproches de los camaradas-responsables: “¿Qué necesita obtener en otra parte? ¿Ha olvidado la primera lección del Pequeño Libro Rojo: contar sólo con las propias fuerzas?” Y, a los campesinos estupefactos, el Partido les muestra catálogos coreanos e italianos donde se ofrecen máquinas. “Hemos dado consignas al Banco Rural. Su delegado, he-lo aquí, os concederá el crédito necesario.”

La aventura textil de Datang comienza.

La ciudad, entonces pequeña (menos de diez mil habitantes) y todos los pueblos que la rodean se entregarán así en cuerpo y alma a la media-calce-tín.

En esa época, la señora Hong, cuyo nombre de pila es

Dongying, lleva una sencilla vida tranquila de docente. Un oficio y una existencia que no corresponden ni a su carácter activo ni a sus ambiciones. En 1980 renuncia a la Educación Nacional. Ayudada por sus hermanos y hermanas, compra tres viejas máquinas: toda la familia se pone a fabricar calcetines. Todos los meses la señora Hong va al mercado de Haining para procurarse la materia prima necesaria. Y les propone a sus vecinos, que como ella son productores de calcetines, comprar también para ellos. De paso, como es natural, la señora Hong cobra una comisión. La señora Hong se enriquece.

Tanto y tan bien que, en 1991, deja el artesanado. Firmemente apoyada por el Partido, crea una verdadera empresa. Hoy, nadie disputa a la señora Hong el título de reina del calcetín. Su empresa, la Zhenjiang Socks Company, emplea a mil personas y fabrica ciento cincuenta millones de pares por año (el ochenta por ciento para exportación).

Cuando uno le dice respetuosamente que tal o cual hangar sólo están ocupados a medias, que decenas de oficinas permanecen vacías, la señora Hong sonrío:

—Quien no construye en grande no confía en el futuro. Vuelva a Datang dentro de tres años. Lo que usted ve allí es sólo el comienzo del comienzo del desarrollo.



Al dejar Datang yendo hacia el norte, primero se atraviesa un suburbio chic en vías de acabado: villas con columnatas, anchas veredas frescamente plantadas con árboles ya crecidos, caminos alquitranados, faroles. Los millonarios del calcetín no tardarán en instalarse. Luego la ruta se eleva por la ladera de la colina. Los burgos se suceden unos tras otros, todos dedicados a la “vestimen-

ta de extremidades”. Desde las fábricas de ladrillo flamantes hasta las casas para vivienda, pasando por el más mínimo hangar y el cobertizo más llamativo (antes cochera o gallinero), todos los edificios cobijan máquinas. Y, detrás de los pequeños ruidos de la vida cotidiana, gritos de niños, conversaciones de viejos, el timbre de un teléfono móvil que pronto es seguido de una pelea cada vez más violenta, dos personajes enamorados que sollozan (en la televisión) y el aire que resuena con el mismo jadeo mecánico.

La tierra reemplaza al alquitrán, pero el camino continúa y bordea un embalse cuyo color duda entre el amarillo y el verde. Las pendientes se cubren de bambúes.

—Más lejos no encontrará nada. ¿Realmente quiere continuar? —pregunta el chofer.

Cría de patos blancos, huertos, arrozales en miniatura en terrazas. Último pueblo. El camino se detiene allí, al mismo tiempo que el valle. Silencio. Apenas perceptible, el murmullo de un arroyo atestado de basura. Mariposas negras, anchas como una mitad de palma, liban hydrangeas secas. Los habitantes han llegado. Convidan vasos con agua “de la fuente”. Pasa y vuelve a pasar una gran bandeja con cacahuetes.

El pueblo se llama Shi Kong Ling: “el hoyo en la piedra”, sin duda una referencia a una gruta, invisible. El más entrado en años de nuestros anfitriones parece preocupado. No deja de mirar un flamante edificio que está muy cerca. La fachada aún no tiene revoque. Una ventana espera ser colocada. Una cortina de hierro aún está bajada. Bruscamente vuelve a sonar en el aire el famoso jadeo. Un joven surge. Levanta el pulgar derecho. Todo va bien. Detrás de él se ve una máquina sepia enorme que traga y vuelve a escupir innumerables hilos. Del te-

cho descienden lentamente varias bandas de cartón perforado. Al pie del artefacto, un grueso rollo de tela blanca gira sobre sí mismo. El jefe de familia sonrío, aliviado. Su buen humor invade al conjunto de la pequeña muchedumbre.

Hasta el año pasado, este señor era solamente labrador. Gracias al crédito rural, ha podido comprar esta máquina china por treinta mil yuanes. Un mayorista viaja regularmente a Datang. Él aporta la materia prima (el hilo) y las tarjetas perforadas (que van a transmitir a la máquina los más recónditos deseos de la clientela, sus preferencias por un motivo más que por otro). Al mes siguiente, el mayorista regresa, proporciona lo necesario, paga y se lleva la mercadería. La máquina ya ha sido reembolsada.

Hasta el año pasado, los jóvenes pensaban en partir a la ciudad para buscar un empleo. Ahora han decidido quedarse. Van a ocuparse de la máquina que gira noche y día. Las averías son poco frecuentes. Todo depende del hilo de algodón: éste no debe romperse. Pronto, muy pronto, el jefe va a comprar otra máquina. Sus vecinos asienten. Ellos también van a comprar una máquina. La industria textil invade Shi Kong Ling, el hoyo en la tierra.

La noche cae, los detalles se esfuman, las edades se mezclan. Con esas aguas sombrías y la redondez de las colinas, ya nada distingue el siglo XIX del XXI, ni a China de Lorraine.

Mientras volvemos a bajar hacia Datang, me digo que nada ha cambiado en la economía. En Francia, hace doscientos años, en lo más recóndito de los Vosgos, en la más profunda horadada de valles semejantes, varias familias análogas amenizaban tejiendo la magra cotidianidad campesina.



A sesenta kilómetros al sur de Datang, la ciudad de Yiwu la juega de modesta. Un punto en el mapa. Una aglomeración a orillas de la autopista que une Shanghai con Hong Kong. Las guías turísticas olvidan a Yiwu. Ningún patrimonio histórico. Ningún título de campeona del mundo en la producción de tal o cual producto. Yiwu no es más que un mercado. Un mercado en el sentido más trivial: el lugar donde seres humanos presentan mercaderías con la esperanza de que otros humanos las compren. A sus seis millones de habitantes sólo les interesa eso: el comercio, la vieja confrontación, a veces gozosa, a veces violenta, entre la oferta y la demanda. El Partido Comunista local se ha puesto al servicio de esta pasión. Yiwu no para de construir mercados. Y mercados cada vez más vastos, cada vez más prácticos, cada vez mejor organizados.

El comercio de los “pequeños productos” tiene su monumento, por ejemplo. Una ciudad en la ciudad. Trescientos cuarenta mil metros cuadrados a lo largo de tres pisos. Miles de tiendas reunidas por actividad, todas cuidadosamente subdivididas: así, los cincuenta mil metros cuadrados reservados a los juguetes se hallan repartidos entre los juguetes normales (*regulars*), los juguetes inflables y los peluches. Las flores (artificiales) cuentan con veinte mil metros cuadrados; los adornos para el cabello (alfileres, horquillas, coleteros) con treinta mil; las guirnaldas y las bolas de Navidad con quince mil. Sin olvidar el “arte” religioso: Buda, Jesús, Confucio, Lao-tsé, Juan Pablo II (con veinte mil metros cuadrados) o los nichos más estrechos, *como* los sombreros excéntricos para hinchas de fútbol (cinco mil).

Provenientes del todo el mundo, los comerciantes de

juguetitos hacen sus compritas. Me encuentro con dos malíes encantados: iban a inundar Bamako de sombrillas, con un margen calculado del doscientos por ciento.

Hacía mucho tiempo que Datang estaba celosa de Yiwu. Y fue de esos celos que nació la “Ciudad del Calcetín”.



La Ciudad consta de dos partes.

La primera es una estación de autobuses. Recibe todo el material. Todos los días, cientos y cientos de camiones traen el algodón y la fibra sintética. Es aquí donde vienen a abastecerse los fabricantes: en auto, en motocarros, en bicicleta (la pequeña montaña de bobinas desborda ampliamente a cada lado del portaequipajes). En una plaza vecina plantada con árboles, cientos de tiendas presentan las máquinas más recientes. Hay que ver a los campesinos —vestidos como campesinos— discutir con los ingenieros coreanos, italianos o chinos.

En cada esquina los bancos compiten mediante carteles o calicós. Poco o mucho, sus discursos se parecen. En primer lugar recuerdan que China es el país donde todo es posible; en segundo lugar, que el crédito es el mejor amigo del hombre (industrioso); en tercer lugar, que esperar es retroceder.

La segunda parte de la Ciudad del Calcetín, su corazón y su orgullo, es un vestíbulo inmenso, una especie de gimnasio donde los fabricantes —los pequeños en el centro, los grandes en ambos lados— presentan sus producciones. A lo largo de cuatro hectáreas se suceden cientos de stands, todos similares. Tres metros cuadrados, un banco, una mesa, un ventilador, una tetera eléctrica. Y calcetines. Cuatro hectáreas y nueve mil millones de medias

y calcetines, de todas las tallas, de todas las texturas, de todos los largos, de todos los colores. Hasta dar vértigo. Hasta hacernos dudar de que la humanidad tenga los suficientes pies para ponerse tantos calcetines. Son más bien las mujeres las que vienen a vender. Charlan de todo y de nada, juegan a los naipes, cocinan o cuidan a los bebés que las acompañan. Sin olvidarse de acechar y luego de increpar al eventual cliente. He aquí una joven pareja enamorada: el novio y la novia se sonrojan, dudan largo tiempo entre dos matices de calcetines. He aquí un mayorista estilo argentino o libio, teléfono móvil en una mano y calculadora en la otra, asistente a la derecha, encargada del teléfono móvil número dos, guardaespaldas a su izquierda, responsable del maletín negro.

Ante la entrada del mercado, y mientras me paseo, otros comercios han ido desarrollándose. Un anciano ha sacado unos zapatos de una caja de cartón. Una mujer ha desplegado sobre una cubierta verde manzana una colección de despertadores. Sobre un extraño vehículo —un hornillo enmarcado por ruedas de bicicleta— un joven de cabellos tirando al rojo prepara broquetas.

De pronto no queda nadie. Este pequeño pueblo de la venta ha tomado sus petates y desaparecido. Sólo el pelirrojo sigue activando su fuego. Termina levantando la cabeza. Y echándose a correr. A correr como un desesperado, empujando su carrito. Un vigilante lo persigue, blandiendo un hacha con gritos salvajes. Tres policías van detrás, mucho más tranquilos y de aspecto más bien burlón. El vigilante se acerca. Ahora sus hachazos rozan los hombros y la espalda del cocinero. La muchedumbre, la muchedumbre de los amantes de calcetines a los que los bramidos del vigilante han atraído, no parece moverse. Comenta, se divierte, saborea el espectáculo.

El pobre carrito termina volcando. El hacha por poco, muy poco, corta la cabeza pelirroja para abatirse sobre el carrito cocinero, al que destaza. Al abrirse, grandes trozos de carbón enrojados caen en el suelo.

Satisfecho con su obra, el vigilante vuelve a ponerse el hacha al hombro y se va rumbo a otras aventuras de seguridad pública. La muchedumbre se abre con respeto a su paso. Y no sólo debido al hacha. La concurrencia aprueba: el vigilante ha actuado como debía actuar. Uno hubiera podido pensar que los policías se ocuparían del contraventor. Error. Muertos de risa, lo miran por un rato hasta que éste logra volver a armar su artefacto. Luego retoman su ronda, sin ninguna forma de juicio.

Agreguemos que, una vez que su fogón ha sido cerrado nuevamente para bien o para mal y sus dos ruedas torcidas reajustadas, nuestro amigo cocinero se aparta unos diez metros, fuera del recinto intocable del palacio del calcetín y, como si nada hubiese sucedido, retoma su actividad ilícita y perfumada.



Digámoslo claramente: las noches no son nada del otro mundo en Datang. Se cena temprano: ya a las diecinueve horas, los restaurantes están vacíos. Y es inútil insistir: el cocinero se ha ido. La sola idea de regresar a la habitación de hotel, con sus mosquitos y su olor a col, provoca ahogo. Queda una única solución: el paseo.

Innumerables fulgores trazan puntos en la noche. Al principio creí ver en ellos nada más que la presencia tan conocida de la querida televisión. Me dirigí entonces hacia un edificio que parecía una granja, especialmente rica en fulgores. Un perro ladró. Me encontraba entonces en el patio de una finca. Acerqué la cabeza a una ven-

tana. Un hombre y una mujer trabajaban bajo un neón. El neón es la otra televisión de China.

—¿Por qué trabajar tanto?

Ante esta pregunta cien veces planteada, se impone la primera respuesta: para ganar una vida mejor. Pero a menudo se agrega otra razón: para matar el aburrimiento.

La gente debe entonces aburrirse afincadamente durante las noches de China, viendo todos estos neones encendidos hasta en los más recónditos recodos.

Historia de una ruptura

Mi idilio con Datang no duró. Hay que decir que en este principio de septiembre del año 2005, cien millones de productos textiles chinos de los más variados esperaban en los puertos de Europa que el Viejo Continente aceptara abrirse a ellos.

El Comisionado Europeo de Comercio, Peter Mandelson, quien había acudido prestamente a Pekín, trataba de entablar un acuerdo con su homólogo, Bo Xilai. Había que apresurarse. Los distribuidores se impacientaban, clamando que muy pronto nosotros, los europeos, ya no tendríamos con qué vestirnos... Sobre todo no había que arruinar el clima reinante en la última cumbre China-Europa, donde Tony Blair y Wen Jiabao debían cerrar considerables acuerdos sobre temas como aeronáutica civil, bancos, inmigración clandestina o evolución climática del planeta.

Una consigna estricta había sido dada en todos los niveles: barrer hasta los más mínimos granos de arena.

En fin. Regresamos con una cámara a la casa de nuestro amigo planchador del primer día —el hombre que me había provisionado tan generosamente de medias Tom y Jerry— y nos encontramos con otro clima. Esta vez nada de regalos ni vasos de agua tibia. Muéstreme sus autorizaciones. Bueno. No se mueva. Voy a llamar. Cinco

o seis amigos, surgidos de repente, nos rodearon, más bien amenazantes.

Llegó pues una muy joven funcionaria: aspecto severo. Llevaba una camiseta beige en la cual Popeye hinchaba sus músculos, realzada con pequeñas lengüetas plateadas. Nos hizo subir a un automóvil negro. Rumbo a la gran ciudad de la cual Datang depende: Zhuji. Alcaldía. Séptimo piso. Larga espera.

—¿Dónde está el responsable?

—Ya lo recibirá. Por el momento, está almorzando. ¿Desea una bandeja de comida ya preparada?

Luego de una larga negociación, se decide —los franceses, amantes de la cocina, y especialmente de la cocina china, no podían satisfacerse con un vulgar tentempié— ir hasta el restaurante donde se sustentaba el responsable y, una vez allí, esperar a que éste pasara.

Nuevo viaje hasta la mejor mesa de la ciudad, el Xizi Fin Food City. Pequeño salón. Llegada de un primer director (de relaciones públicas). Grandes sonrisas. ¡Bienvenido a China! ¿Es su primer viaje? Se brinda con cerveza. De nuevo grandes sonrisas. Usted ha infringido la ley china. Para filmar la realidad china, hace falta una autorización especial. Entonces, ¿qué hacemos? Enviar un pedido al Consulado de Francia en Shangai, quien transmitirá a la capital de la región (Shaoxing) quien pedirá el parecer de la ciudad (Zhuji) quien pedirá el parecer de la comuna (Datang).

Insípidas excusas.

No hay problema.

Nuevos brindis. Nuevas sonrisas. “¡Excelente viaje por China!” El director sale.

Los franceses vuelven a servirse cerdo al bambú: el tema parece cerrado. A Popeye le gustaría mucho conocer

nuestro país. A propósito: el director que acabamos de ver no es competente para este género de problema. Hace falta otro director.

—¿Y dónde está el otro director competente?

—En el restaurante.

Nueva espera. Llegada del nuevo director (de relaciones internacionales). Sonrisas menos cálidas, pero sonrisas al fin. Un solo brindis. Bienvenido apenas. Usted ha infringido la ley de China. Espere nuestra decisión. La cual llega esa misma noche: mañana por la mañana, usted deberá haber dejado Datang.

Hablar de futuro

Bo Chen, nuestro intérprete, tiene treinta y dos años. Miembro activo del Partido Comunista durante sus días de universidad; hoy en día totalmente adicto a la nueva religión capitalista y muy apegado al orden social que “solamente permite el desarrollo.” Repite que ya no le interesa la política. “Es por ello que me he mudado. A Pekín le gustan demasiado las ideas. Aquí en Shangai la gente sólo se ocupa de *business*.” Su mujer, Xui Shan, que ha pasado por la HEC,* trabaja para L’Oréal. Es directora financiera de la “filial lujo”. “Excelente salario.”

Bo es un genio del resumen.

—¿Cómo ves el futuro de China?

—No es diferente de su pasado. Mi país siempre ha sido la primera potencia del mundo. Salvo durante los dos últimos siglos. En veinte años habrá vuelto a su categoría.

* N. de la T. Siglas de Haute École de Commerce de París, “grande école” creada por la Cámara de Comercio e Industria de París asociada con la firma HEC, y cuyo sitio internet (<http://www.hec.fr/>) declara: “En un medio competitivo internacionalizado, la marca HEC sigue haciendo crecer su reputación a través de su *leadership* en Francia, por supuesto, pero también por el prestigio de sus programas en todo el mundo, la excelencia de su cuerpo de profesores y el renombre de sus más de 42.000 egresados.”

—¿Y no teméis la competencia de India?

—India es demasiado democrática. Pierde demasiada energía en ello.

Bo nos habla a menudo de París, donde estuvo seis años como corresponsal del *China Youth Daily* (segundo matutino nacional; tirada: un millón y medio de ejemplares). En general conserva un buen recuerdo de su estancia. Pero una cuestión lo preocupa:

—¿Por qué vosotros no gustáis de los niños en Francia?

Yo me sorprendo, protesto, le ruego que desarrolle la cuestión.

—En Francia, vosotros no trabajáis lo suficiente. Por lo tanto, no preparáis el futuro de vuestros niños.

Y remacha el clavo:

—Cada año, la deuda de Francia aumenta. Sólo los que no trabajan lo suficiente se endeudan. ¿Y quiénes deben pagar? Los niños.

¿Qué responder?